

Puntos de vista

Heraldo de Aragón Domingo 15 de enero 2023

ENCRUCIJADAS

JESÚS MARÍA ALEMANY

Tras el fallecimiento de Benedicto XVI los medios han dedicado amplios espacios a los Papas. Con esta ocasión he reflexionado no ya sobre el sentido teológico, sino sobre mi experiencia personal. Nunca he tenido un encuentro personal con un Papa, pero me he vivido sin pretenderlo en encrucijadas de los últimos pontífices.

Asistí en representación de Justicia y Paz a la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla 1979. Era el primer viaje al exterior del nuevo Papa Juan Pablo II. La Conferencia anterior en Medellín 1968 había buscado inculturar el Vaticano II en América Latina. En Europa la pregunta había sido cómo hablar de Dios en una sociedad secularizada. En América Latina era más bien cómo hablar de Dios en una sociedad injusta. Puebla iba a seguir el proceso de Medellín. Estaba yo sentado en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe escuchando la primera intervención de Juan Pablo II. Quizá desde su experiencia cercana le acuciaba cómo hablar de Dios en un continente amenazado por el marxismo. A mi lado el teólogo belga Josef Comblin atendía en concentrado silencio. Hice lo mismo todavía un tanto desconcertado por la inesperada obertura.

Llegué a la Universidad de Tubinga para mi tesis doctoral en 1968. Duro año para la preciosa ciudad de Hölderlin. Las revueltas estudiantiles se habían extendido por los campus de EEUU, Francia, también de aquella universidad pública alemana, la mejor en teología católica y protestante. Josef Ratzinger era teólogo y profesor joven muy valorado, cuyos apuntes intenté conseguir nada más llegar y todavía conservo. Como lúcido intelectual con cabeza bien amueblada necesitaba un ecosistema de orden y le superaba aquella situación imprevisible. Me quedé con los apuntes porque Ratzinger mismo como profesor se trasladó a la universidad más bien provinciana de Regensburg. Aquel traslado tendría influencia biográfica en el posterior cardenal y papa Benedicto XVI.

Un grupo de jesuitas, después de quince años de formación, cursábamos un año final de espiritualidad en Alcalá de Henares durante 1970 y 1971. Éramos cuatro españoles y ocho latinoamericanos, entre ellos el argentino Jorge M. Bergoglio. Convivimos fraternalmente aquel año que significaba el final de la formación y el comienzo del trabajo pastoral. Jorge iba a ser maestro de novicios, más tarde sería provincial. Fue el tiempo terrible de la dictadura argentina. ¿Cómo actuar para defender las vidas y los derechos humanos? Probablemente no siempre acertó. Pero cuando en 2013 le ví salir al balcón de San Pedro como Papa con el nombre de Francisco, todas sus palabras y gestos eran la clave de un proyecto evangélico nuevo para la Iglesia. No nos hemos visto después de Alcalá, pero sé que él todavía recuerda con afecto mi cumpleaños.